

# LOS HIJOS DE LA LUNA: una insobornable reserva de humanidad (1)

MIKEL VIANA

Pulipulibará, o la luna, era un brujo del cielo que robaba los cadáveres de los primeros indios Sanemá-Yanoama, que aún no tenían la verdadera sangre humana de hoy y morían como las mariposas después de algunos días. Pulipulibará tenía abundante sangre celeste y piedras rojas impregnadas de sangre de la vida. Para mantener esa cantidad de sangre, Pulipulibará se robaba los cadáveres aún frescos de los Sanemá-Yanoama, con su poca sangre artificial, hecha de agua y de onoto. . .

Un grupo de brujos -los Sabulitepwan- decidieron flechar a Pulipulibará o Luna. Cargaron sus arcos, con el manojo de flechas bien apretado en la mano izquierda. . .

Al fin. . . el jefe máximo de los brujos, Yuhilinawai, cogió su arco y su manojo de flechas y se tendió de espaldas en el suelo, sosteniendo el arco con los dedos gruesos de los pies, tendiéndolo con toda la fuerza de sus rodillas y de sus muslos. Los músculos de los muslos temblaban Kli, Kli, Kli. . . , violentamente. Tiró también de la cuerda con las dos manos. Apuntó bien y soltó la flecha. Fuiísss. . . , la flecha se clavó casi inmediato en pleno ombligo de Pulipulibará-Luna y quedó un largo rato oscilando y oscilando. Luego paró de oscilar. Pulipulibará comenzó a sangrar: ¡tak! , una gota, ¡tak! , otra gota. . . y otra, y otra.

Las gotas caían en la tierra sobre la cabeza de los Sanemá-Yanoama todavía blandos y efímeros a causa de la sangre artificial de agua y onoto que tenían. . .

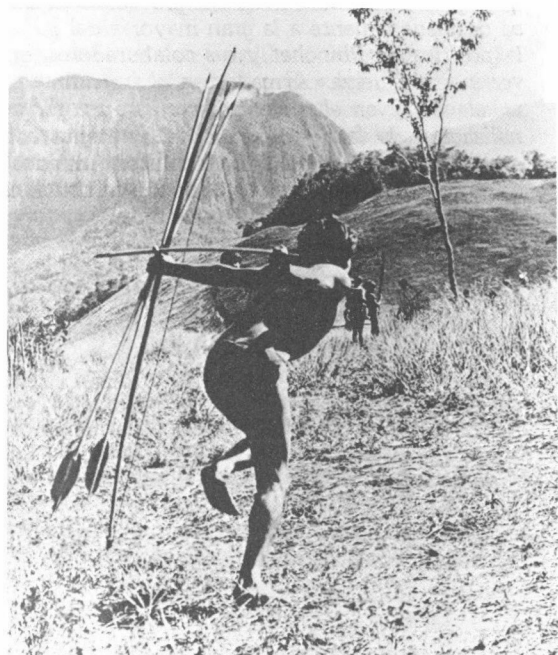
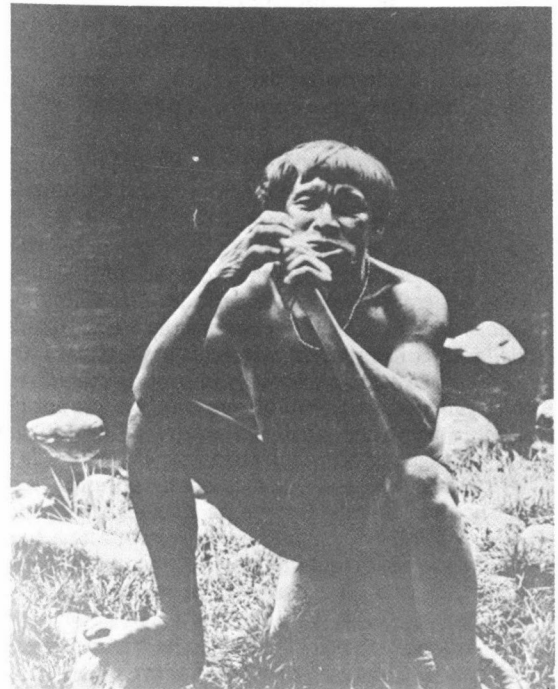
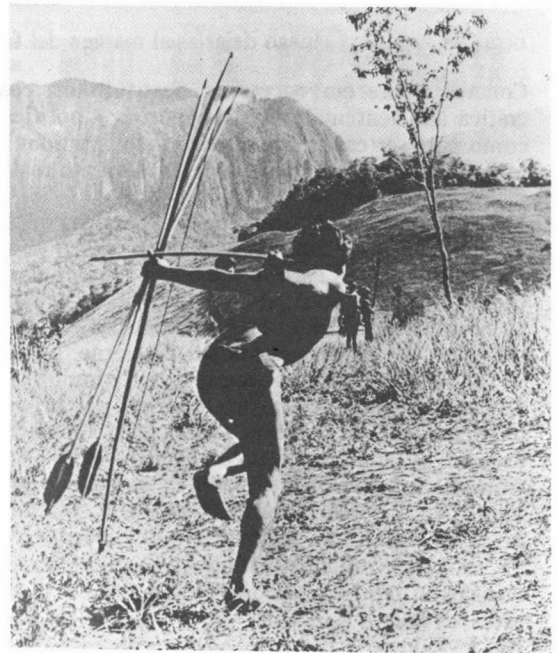
En los varones caían las gotas de sangre celeste como un baño al pie de un salto de agua. Lo que se filtraba en sus cuerpos les daba vigor y sus vidas se alargaron muchísimos años. . .

Por eso, los Sanemá-Yanoama son y se consideran realmente como LOS HIJOS DE LA LUNA. (págs. 239-240)

(1) BARANDIARAN, Daniel de

Los Hijos de la Luna

Ediciones del Congreso de la República, Caracas, 1974.  
280 pág. 134 ilustraciones fotográficas.



Desde el corazón de nuestra selva, fue flechada en la noche de los tiempos la luna; y su sangre bañó a los Sanemá-Yanoama llenándoles de vida vigorosa, fecunda, larga. . . celosamente conservada por aquel pueblo hasta hoy, cuando desde la periferia de la Venezuela millonaria ofrece el testimonio prodigioso de una existencia transparente, libre, equilibrada. La conservación del precioso don de la luna constituye el gran drama y el prodigio histórico de este pueblo paleolítico que para poder ser él mismo y para evitar la tentación de dejarse absorber por complejos culturales técnicamente superiores optó por la única alternativa a su disposición como pueblo: el aislamiento, la marginalidad con respecto a los demás pueblos. De esta manera, los Sanemá-Yanoama han construido su cosmos de libertad e independencia vividas como la identidad radical con la naturaleza y consigo mismos: jamás necesitaron nuestra "libertad" porque venturosamente no recibieron la visita de ningún "liberador"

El testimonio de aquel pueblo, nos viene dado de parte de Daniel de Barandiarán, etnólogo, que no precisa de extensas presentaciones ante nuestros lectores, y que acertadamente Mercedes Fermín ha llamado "miembro adoptivo" de los Sanemá-Yanoama con quienes convivió por muchos años.

El manuscrito de Los Hijos de la Luna se paseaba por las gavetas de nuestra burocracia desde 1965 en espera de su publicación, hasta que la Comisión de Cultura del Congreso Nacional a fines del pasado año, patrocinó la edición que fue distribuida entre un público limitado, como presente navideño. Lamentablemente, la edición no alcanzó al público que más adecuadamente hubiera sabido valorarla: nuestras universidades, nuestros liceos, el pueblo en general. El brillante Zapata, en una de sus caricaturas en El Nacional hacía decir a uno de sus personajes que lo único bueno hecho por el Congreso en 1974 había sido la edición de Los Hijos de la Luna. Poco más adelante, Ludovico Silva en elogioso comentario apuntaba que Los Hijos de la Luna era uno de esos raros libros que aparecían en el país para honrar a la Cultura Nacional. . . En aquella oportunidad, el comentarista, y ahora nosotros, nos quejamos del silencio de los científicos sociales ante la edición. O no les llegó la obra u olvidaron leerla aunque se detuvieron embelesados ante el abundante e insuperable material fotográfico.

Después de las monografías de Becher (1960), Wilbert (1963), Zerries (1964), Chagnon (1968), y de la bella epopeya homérica y antropológica de Biocca (1965) Los Yanoama, que ofrece la relación biográfica de una mujer blanca raptada por los Hijos de la Luna, el libro de Barandiarán es la agradable sorpresa que ofrece en un todo armónico la expresión sintética de la cultura tanto material como espiritual de los Sanemá-Yanoama. Un intento similar había sido hecho por M.M. Suárez en relación a los Warao hace pocos años.

Barandiarán nos confesó hace poco, no sin orgullo, que tal vez el mérito mayor de los Hijos de la Luna había sido alcanzado por la exhaustiva y cerrada trabazón de los dieciséis capítulos de desarrollo sistemático-antropológico en torno a una idea clave central:

La afirmación brutal de hombría y de pueblo-nación reivindicada por una tribu selvática marginal, a la que hasta ahora no se había dado otra relevancia que la propia a una curiosidad folklórica a la medida de las demandas de los turistas. Exactamente como pueden ser los Diablos de Yare o los tambores de Barlovento. . .

Para nuestros indigenistas oficiales, los Hijos de la Luna deben entrar en el último programa de desarrollo capitalista de una economía de rentabilidad. . . que aquellos, los bárbaros indigenistas, han diseñado para el disfrute del confort de los nuevos-ricos. Evidentemente, mi libro demuestra o trata de demostrar que cualquier jefe o shamán Waika es más civilizado que todos los indigenistas. Dentro de poco propondré formalmente que una delegación de guerreros Waikas venga a instruir a indigenistas oficiales y privados sobre la forma de ser hombre y de ser pueblo.

Para alcanzar este propósito, el autor ha empleado con rigor los recursos que la etnología, la antropología, etc., ponen a su disposición y que se hacen manifiestos en los densos capítulos del desarrollo sistemático en los que ha sido vertido un caudal informativo proveniente de la sistematización de años enteros de observación y diálogo con aquel pueblo. Pero el propósito sólo llega al climax de su realización con el empleo de otro recurso particular, que da un carácter original a todo el conjunto: se trata del relato autobiográfico de Aushi Walalam, que corre paralelo y contrapunteando el frío texto del antropólogo. El monólogo de Aushi Walalam con la belleza y la simpleza del lenguaje concreto del primitivo relata la cotidianidad del Sanemá, la ininterrumpida ronda de los Hícolas, las intervenciones de los Shaman, la intensidad extenuante de los diálogos del mensajero, la fiesta del pijigüao, la jornada del cazador. . . y a veces, no sin reproche, Aushi Walalam afirma lo propio por contraste con el extranjero que reduce al vasallaje no sólo a los hombres sino también a la Naturaleza, madre y amiga de los Hijos de la Luna:

*Vemos nacer a más de cien ríos y bebemos sus aguas recién nacidas. . .*

*Todos esos ríos que luego imponen respeto a los extraños nosotros los Sanemá-Yanoama, los tenemos en la palma de nuestras manos en el primer remanso de sus fuentes y nos duchamos bajo ellos cuando caen, recién nacidos, fríos y en polvo fino, de los altos farallones de nuestros cerros. . .*

*A toda nuestra geografía le hemos dado su propia nomenclatura.*

*Pero algunos hombres blancos cuando se adentran en nuestra tierra por sólo unos días o unos meses, pretenden descubrir todo por primera vez y ponen sus nombres propios a los caños, a los cerros, a las piedras.*

*(Pág. 23)*

El original recurso al monólogo o al relato autobiográfico de Aushi Walalam, configura no sólo la estructura formal de la obra, sino hasta incluso su alcance. Contrapuntean el científico y el vocero de un pueblo silenciado, que en el último capítulo alcanzan a su armoniosa identidad. Así se explica el autor en nuestras conversaciones:

*Tengo que decir que el nombre indígena Aushi Walalam que significa "el blanco transparente", fue mi nombre de adopción en la tribu de los Waikiá e Iló del Alto Cauca. Debo confesar, por tanto, que el supuesto joven indígena Aushi Walalam, coautor biográfico de Daniel de Barandiarán, soy yo mismo. El contrapunteo estilístico me lo recomendó hace años Isaac Chocrón.*

*Hicé decir a Aushi Walalam todo lo que no podía o no debía decir como Daniel de Barandiarán. Pero todo lo que dice Aushi Walalam es también rigurosamente testimonio vivido y científicamente investigado. Pero está dicho desde mi alma de adopción waika y con el derecho que tal adopción me otorga.*

*Tal es, ante todo, la deuda de sinceridad que tengo en la obra para con todos mis amigos.*

La deuda queda satisfecha en las mismas páginas de **Los Hijos de la Luna** desde el momento en que se patentiza con la apoyatura científica el testimonio de un pueblo que no ha claudicado ante las civilizaciones imperialistas y que para conservar su independencia, su libertad nunca conquistada porque siempre fue poseída y su identidad maciza, escogió la evasión de la barbarie civilizadora. La experiencia histórica deja claro el hecho de la reducción al peonaje de hacienda y a la prostitución, de los pueblos de Indoamérica, que desconociendo otro valor que el del hombre que existe en armonía con su pueblo y con la naturaleza, sufrieron el demoledor choque con la cultura que reduce a valores de cambio, a mercancías tanto a las cosas como a los hombres. Con amargura recuerda Barandiarán las páginas negras de la Historia Americana que muchos creen que comienza apenas con el Descubrimiento. . .

**Con el descubrimiento, vino la conquista. Pero la conquista hispánica en especial, se hizo en el contexto de una religión de Amor: El Cristianismo. Así lo afirma hasta el último de los conquistadores.**

El fraile Carvajal leyó al Gran Inca la conminación de hacerse cristiano y súbdito del Rey español, en latín y en la Plaza Sagrada de Cajamarca. El latín fue traducido al Gran Inca por un muchacho de 14 años. Luego el conquistador cristiano descargó toda su fusilería contra el Consejo de Notables del Gran Inca. . . se había consumado un holocausto cristiano. . .

El holocausto de Cajamarca se repitió, con otros caracteres en el ámbito indoamericano entero. Pero como se trató de conquista, nadie está autorizado a decir nada a nuestros historiadores cristianos: A lo hecho, pecho!

Ante este conquistador fue sometida Indoamérica entera, sus valores y sus vivencias destruidas. . .

El Hispano procedió como Dios: "sois a mi imagen y semejanza; y si no, no sois nada".

La bendición adjudicada al hispano debe ser hoy reivindicada para el indígena. Aquí reside el absurdo metafísico más grave de la historia latinoamericana.

Esta reivindicación, si bien es tardía, resulta urgente ante la inminencia del choque de los Hijos de la Luna y otros pueblos marginales, con el occidente civilizado. El problema de fondo consiste en saber si nuestra sociedad narcisista puede y está dispuesta a recibir en su seno a los pueblos de su periferia, saliendo de sí misma y relativizando sus pretendidos valores y formas absolutos. Si el contacto con la América Indígena aún marginal se realiza según los patrones dominantes de nuestras relaciones de intercambio -las mercantiles-, la reserva de humanidad de las selvas será reducida nuevamente a valores de cambio, a vulgares mercancías y en relación mediará la rapiña, la violación, la bestialidad.

Esta posibilidad parece edificarse sobre supuestos negados. Para que el contacto cultural pueda revestir la riqueza de la relación humana libre del vasallaje, nuestra sociedad tendría que sufrir una transformación radical: tendríamos que aprender de los Hijos de la Luna una existencia distinta en un mundo distinto. Tendríamos que reeditar la vida.

Desde la oscuridad de la selva, un pueblo silenciado tiene mucho que enseñar a la civilización bulliciosa del oropendulo despilfarro inútil. En las fronteras de esta civilización se eleva un armonioso cosmos que inconscientemente espera tal vez su propio caos, pero que mientras tanto da testimonio de un maravilloso y delicado equilibrio de sus hombres con la Naturaleza, con el Pueblo y consigo mismos. He aquí, en este triple equilibrio, los cimientos del cosmos Sanemá.

Lo que a los ojos del occidental se manifiesta, es apenas la apariencia ficticia del universo vivido por los Hijos de la Luna. En ese universo, Naturaleza y Sobrenaturaleza coexis-

ten indefinidamente. El mundo real de los Sanemá, es aquel en el que hombres y animales se descubren alojados en la selva madre, donde el caimán esconde el fuego en sus fauces y en medio de una fiesta, el pájaro tijereta aprovechó su estruendosa carcajada para arrebatarse la preciosa bola de fuego y esconderla en el corazón del árbol pooloi. Desde entonces, el caimán avergonzado se esconde en las aguas y los Hijos de la Luna buscan el fuego en las ramas del árbol sagrado. El mundo real es aquél donde los animales de la selva hacen alianza con los Sanemá, se entienden en el mismo idioma y sirviéndoles, les abren paso a la sobrevivencia en el medio hostil. El universo del Sanemá, es aquel que está preñado de "híkolas" o espíritus amigos del Sanemá o enemigos suyos, que le acompañan o acechan en cada rincón, a cada hombre, en cada momento de la vida, desde el alumbramiento hasta la muerte cuando el "noheshi" sube al cielo donde está la casa de Omao, el híkola supremo que todo lo llena y que reparte la vida sin que nadie nunca lo haya visto.



La vida de los Sanemá alcanza su tiempo fuerte cada año en las fiestas del pijigüao, que son prefiguración y anticipo del festín eterno en la casa de Omao. En las fiestas del pijigüao año tras año, los hijos de la Luna recuperan la unidad y el equilibrio perdidos con la naturaleza, con los ancestros del gran pueblo y con el Híkola Supremo. La ingestión de las cenizas de los muertos es fuente de vida renovada para todo el pueblo; el aliento y la fuerza interior de los ya desaparecidos revierte en toda la comunidad renovando así la identidad y propósito de perpetuar por otro ciclo más a los Hijos de la Luna.

La unidad y consistencia interna de los Sanemá se manifiesta a cada paso en la trabazón anímica de todos los miembros de la comunidad. Los sucesos son vividos intensamente por todos y cuando la muerte, que es la violencia brutal introducida en el cosmos, se hace presente, todo el pueblo permanece en vigilia y en tensión. . . el shamán ha de comenzar una extenuante pelea para arrebatarse la vida de los hombres de las manos de los híkolas. La vida es un don tan preciado y respetado que el asesino puede morir por el peso moral que sobre él ejerce el híkola de su enemigo muerto.

La trabazón anímica de la comunidad encuentra espacio privilegiado en la familia, a la que pertenecen por extensión los inseparables animales domésticos. Los Hijos de la Luna vienen al mundo en el corazón de la selva; el parto es un trance

espectacular: mientras la madre abandona el poblado para dar a luz en la selva, el padre se retrae a la inactividad de su hama-ca donde padece al mismo tiempo que su esposa, "dolores de paternidad". . .

*El hombre no finge ningún dolor de alumbramiento, pero mientras dura el mismo no puede hacer absolutamente ningún esfuerzo físico y por tanto no puede cazar ni caminar en la selva. . .*

*Ha de abstenerse de todo esfuerzo y trabajo durante diez a quince días los cuales pasa holgando en su hama-ca. La razón de ello es que ningún esfuerzo puede repercutir sobre la debilidad del recién nacido, debido a la fuerte trabazón anímica y vital de todos los elementos que dominan la vida de los indios Sanemá-Yanoama y más, entre seres interdependientes como son el padre y el hijo. . . (113-114)*

Hasta la pubertad el Sanemá vive una estrecha dependencia del núcleo familiar y en especial de la madre a quien acompaña indefectiblemente. Los juegos y diversiones son lenta y sabia preparación para el ingreso a la selva y al grupo de los cazadores adultos después de la iniciación: sin traumas y sin conflictos el joven entra en la producción y la defensa de su pueblo.

*La irrupción del vasto mundo de la selva y de la tribu en la psique del muchacho suprime en él la identidad inconsciente con sus padres y especialmente con su madre. El arquetipo de la madre protectora pasa a segundo término y se esfuma. Y entonces se origina en él una conciencia lúcida de su participación mítica personal con la tribu y con los guerreros cazadores de su pueblo. (115)*

Entre los guerreros se elige por consentimiento general un cacique que se ha de distinguir por su generosidad, valentía y capacidad para inspirar confianza. Junto con el Shamán que es el líder espiritual llevará la responsabilidad de conducir moralmente a su pueblo. Pero lo curioso es que el ejercicio del poder político entre los Sanemá no es un modo de ganarse la vida. . . no hay "caciques profesionales" como entre nosotros "políticos profesionales". El poder y la autoridad son ejercidos por el cacique como un servicio a su pueblo:

*Nada especial distingue al jefe de los grupos diversos. Trabaja como todos en sus conucos, y en la caza y pesca. Pero consciente de sus responsabilidades ha de anticipar las consecuencias de situaciones novedosas y sorpresivas. (98)*

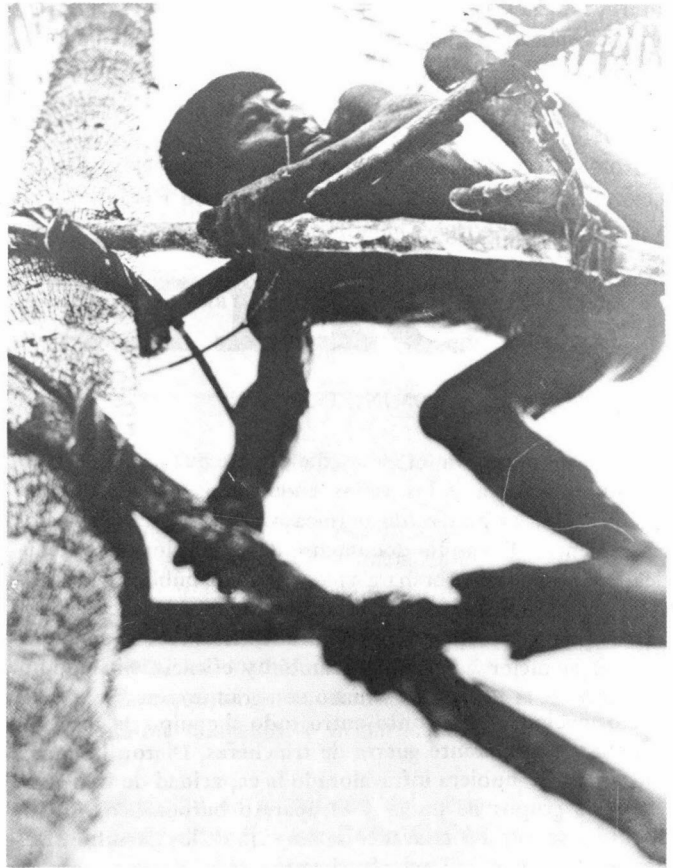
El instrumento del poder no es la demagogia, sino la generosidad:

*Cuando alguien expresa un deseo, al jefe corresponde satisfacerlo. A veces es un bebé, aún no destetado y sin saber articular palabra, quien expresa por boca de sus padres, las exigencias perentorias de un collar de abalorios o de un objeto caprichoso, imposible de obtener por medios normales. . . Rehusar dar o negarse a hacer las diligencias para el cumplimiento de esos deseos, constituye para el jefe una grave crisis de mando. (98)*

Y el sentido profundo de esta generosidad no es otro que el despojarse absolutamente de la afirmación de sí mismo para exaltar al pueblo. La pobreza de los jefes de los Hijos de la Luna traduce un significado que ya nuestra cultura no quiere asimilar: en el panteón de nuestros políticos, han revivido las viejas deidades y han nacido otras nuevas, que a coro lloran y condenan la "corrupción administrativa". Parece que se olvidan o no quieren recordar que la corrupción y la rapiña son el

modus operandi por el que nuestros políticos suben y a nuestro pueblo lo hunden. No olvido lo que suele decir Daniel de Barandiarán:

*En la hora histórica de sinceramiento, el mensaje de los hijos de la Luna puede hacernos volver al núcleo íntimo del útero de la Patria Venezolana, que está con Bolívar, pero no con los millones de bolívares de las comisiones y los chantajes.*



Pero por encima de este y otros mensajes particulares está la enseñanza y el testimonio mayores que dicen que un pueblo no alcanza su identidad hasta tanto sus hombres no se reconcilian con la naturaleza -vale decir para nosotros, con la producción-, con su sociedad y consigo mismos. La Venezuela del despilfarro se eleva sobre el desequilibrio de la relación de sus hombres con el trabajo productivo, con la sociedad y consigo mismos; esa Venezuela es amnésica y miope, no sabe de dónde viene ni a dónde va y tampoco sabe si es capaz de tomarse en serio la nacionalización petrolera, la construcción del metro, la revolución agrícola, o sus diferendos fronterizos.

El testimonio de los Hijos de la Luna y de los pocos pueblos de la América Indígena que aún son dueños de sí mismos y el trabajo, transformador, productivo, serio, constante, son dos pistas preciosas para encontrar a un pueblo que aún no es. Si ese testimonio no se asimila y ese trabajo no se aprende el encuentro de los Hijos de la Luna con los Hijos de Bolívar escribirá por enésima vez la negra página de la historia genocida americana: esta vez el vulgar conquistador incapaz de aprender nada del indígena que tanto podría enseñar vestirá cuello blanco y corbata, viajará en avión, se hará acompañar de sociólogos antropólogos, indigenistas, trabajadores sociales, etc. los cuales tendrán la misión de domesticar y enseñar cómo domesticar al "indio". . . pero esta vez el conquistado, saqueado, explotado y violado, será el mismo del siglo XVI. Quien no recuerda su pasado está a punto de repetirlo.